Como su nombre en el libro,
Borrar su amor en mi pecho.
Beltran. Con las tablas de la ley,
Diste, señora, en el suelo.
No hallaréis perfecto esposo :
Que caballo sin defecto,
Quien lo busca, desconfie
De andar jamás caballero.

En todos los trozos que hemos copiado y en todas las obras de este autor, hallamos generalmente la naturalidad que iba faltando á nuestros poetas, y muy leves resabios del culteranismo que él mismo critica en la anterior escena. Por lo tanto, admira mas el encontrar en una comedia que pasa por suya, *el Tejedor de Segovia, primera parte*, las siguientes octavas, describiendo una batalla, en las que se quiere dejar atras al mismo Góngora :

Admito el desafío, y salgo luego
Á la palestra, en que aguardando estuve
En un rayo andaluz, mónstruo de fuego
Que una vez es astilla y otra nube;
Hipógrifo le juzga el campo ciego ;
Y el sol, cometa que á eclipsarse sube :
Que unas veces ligero, y otras grave,
Goza en los vientos privilegios de ave.
Era tigre en la piel, como retrata
Entre flores abril curioso toro,
En quien siembra, con círculos de plata,
Pórfido y líneas salpicadas de oro;
La cola, que culebra se desata,
Pompa del sol, y de su luz decoro,
Golfo de tornasoles parecia;
Y la crin, lisongera argentería.
Era un monte su pecho, y su cabeza
Tan recogida y breve que á un diamante
Le quiso reducir naturaleza,
Siendo en todo á una perla semejante.
Tropezando en su misma ligereza,
Burla el viento, soberbio y arrogante;
Tanto, que el viento allí, por imitallo,
Quisiera no ser viento, y ser caballo.
Á esta ocasion el moro al puesto llega,
Danzando al son del militar ruido,
Con los compases de una alfana griega,
Alabastro con alma y con sentido.
Cisne parece que en el sol navega
Por nubes que ha burlado y desmentido,
Que entre ellas quiere el bruto que presuma
Que hay estrellas tambien que visten pluma.
Era un jazmin la yegua, y poderosa
De cola y crin : y cuello angosto y breve,
Ancha de pechos, de ancas portentosa,
Dando en ellas el sol montes de nieve :
Llamas sus ojos son, su testa hermosa,
Que entre ondas de marfil estrellas bebe,

Lágrimas del Ceilan, pues al moverla,
Le dió la vista admiracion de perla.

Compárese tambien esta descripcion con la que al mismo objeto hay en *Todo es ventura*, y escrita igualmente en octavas reales, y se verá la enorme diferencia de trozo á trozo, de estilo á estilo. Aunque alguno habrá tal vez que tenga estas octavas por rica y brillante poesía, nosotros las creemos indignas de Alarcon : bien es verdad que esta primera parte del *Tejedor de Segovia*, comparada en su estilo con la segunda y con las demas del autor, no parece ser, y así lo creemos, de muy distinto poeta.

Hemos dicho que algunos habrá que tengan el trozo anterior por un dechado hermoso de alta poesía; y con efecto, comun es entre nosotros dejarse llevar de la pompa de las palabras, la sonoridad de los versos, y lo extraño ó ingenioso de ciertas metáforas eaxgeradas y ridículas, muchas veces ininteligibles, pero que hasta se aplauden mas por su oscuridad misma; sobre todo en el teatro, cuando caen estas relaciones altisonantes en poder de un actor de voz hermosa y campanuda que las declama con énfasis. Si el gongorismo se acreditó á tal punto en nuestra poesía lírica, no podia ménos de inficionar el teatro; y ya en la época que recorremos solian resentirse del contagio hasta nuestros mejores ingenios, sin embargo de que mas de una vez ridiculizaron á los cultos. Si fueran las octavas que acabamos de citar realmente de Alarcon, presentarian una triste prueba de cuán fácil es que el mal gusto pervierta á los mas claros entendimientos, puesto que el de Alarcon era el ménos á propósito para dejarse arrastrar á esta clase de manía. ¿Qué sucederia, pues, á hombres de imaginacion mas arrebatada, mas rica y poética? El peligro era grande, y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo. Afortunadamente, aunque rindió parias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron mas poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo : tal era la robustez que habia adquirido desde que Lope de Vega le dió grande impulso.

El primer poeta dramático que empezó ya á apartarse de la sencillez y naturalidad de los anteriores, creando una nueva escuela que luego perfeccionó Calderon, fué *don Francisco de Rójas Zorrilla*. Esta escuela se distinguió por el brillante colorido, por el follaje, la palabrería, y un culteranismo particular que no era precisamente el introducido por Góngora en la poesía lírica. El teatro necesita siempre mas claridad que las obras destinadas á la mera lectura, porque en él no se da lugar á la reflexion, ni como en estas, puede el espectador volver atras para estudiar lo que no ha comprendido. El carácter especial de las dos clases de culteranismo era la falsedad de los conceptos y lo exagerado de las imágenes y figuras; pero en el género lírico entraba ademas la afectacion de las palabras y la oscuridad de las ideas. El estilo introducido por Rójas era mas retumbante aun si cabe, pero mas claro; los versos armoniosos y ricos, y las palabras en general mas corrientes y usuales. Formaban una música que encantaba los oídos, y lo brillante de las figuras alucinaba al par á imaginaciones ar-

dientes que reparaban ménos en lo exagerado de la pintura que en lo espléndido del cuadro.

No obstante este defecto de hinchazon y falta de naturalidad, ocupará siempre Rójas un lugar distinguido entre nuestros poetas dramáticos. Su estilo es siempre culto y flúido, su versificacion dulce, fácil y sonora, sus pensamientos tienen robustez y elevacion, abundando en rasgos magníficos y sublimes. Acaso ningun dramático de los nuestros ha dado pinceladas mas firmes y vigorosas, ni ha sabido prestar tanta energía á los caractéres. Sus cuadros están por otra parte bien acabados, y suele ofrecer escenas del mayor interes dramático. *El García del Castañar* no cede á drama alguno en esta parte, y es una de nuestras comedias antiguas que con mas gusto se ven en la escena. Sin embargo de sobresalir tanto en la parte séria no es ménos feliz en la jocosa, ni inferior á ninguno de sus contemperáneos en sales cómicas y en gracias picantes y picarescas, No es tan ligero como Moreto; pero es mas punzante en sus dichos, y mas socarron sobre todo. Pueden servir de muestra los dos siguientes ejemplos.

En la comedia de *El mas impropio verdugo* yendo el mas gracioso á pedir perdon á sus compañeros, por haberse ofrecido ejercer con ellos aquel cargo, les dice :

Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan lijero,
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.

Y en la de *No hay amigo para amigo*, dice el gracioso, hablando de uno que le ha dado un bofeton :

El morirá malogrado
Y perdonarle quisiera,
Por ser esta la primera
Bofetada que habia dado
Pero segun la asentaba
En la parte que caia,
Me parece á mí que habia
Mil años que abofeteaba.

Es de advertir que en sus piezas cómicas, como *Lo que son mujeres, Entre bobos anda el juego*, y aun en los pasajes del mismo género que introduce en las sérias, es Rójas un modelo de felicidad, de verdad y de gracia. Esto se explica con que entónces escribia sin pretensiones, obedeciendo únicamente al impulso de su ingenio, miéntras en sus demas obras buscaba el aplauso popular, afectando el estilo hinchado que entónces era de moda, y procurando sobrepujar en él á sus competidores.

En *los Aspides Cleopatra*, dice Octaviano á los otros triunviros sus colegas :

Cuando el alba y aurora, entónces bellas,
Al reconocer salen las estrellas,
Cuando al tardo lucero sin decoro
Murmurando está el sol bostezos de oro,
Y el pájaro de verdes plumas rico
Afila al tronco el argentado pico,

Retoza el can, y la que ruje fiera
Muestra la presa con que al tigre espera,
Chupa el clavel el líquido rocío,
Agota el pez las márgenes del rio,
Y en repetido tálamo dichoso
La tórtola se pica con su esposo,
Y la culebra sola,
Ondeando la arena con su cola,
Al asomar del sol temprano el coche,
Muda la piel con que esperó la noche
Partí cortando al mar la verde bruma,
En trescientos centauros de la espuma;
Pues volar y correr cada cual sabe,
Medio cuerpo cristal y medio nave.

¿Quién dijera que esos versos son del mismo autor que ha puesto los siguientes en boca de un gracioso, que fingiéndose ser su propio amo, se halla expuesto á un desafío en *Donde hay agravios no hay celos?*

Despues de Dios, bodegon :
Luego dirán que es deshonra
Comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
Que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
Por mas me vengo á tener;
Porque yo mas quiero ser
Pícaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor y aun reinar,
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno;
Pues ser pícaro dispongo;
Que, como Lope advirtió,
Á ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser mas profundo,
Y yo me entro á discurrir;
Porque esto me ha de pudrir
Que se use honra en el mundo.
Porque uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos)
En mi cara cinco dedos.
¿Le tengo yo de matar?
Pues respóndame, ¿por qué?
Si hay barbero que me pone,
Cuando afeitarme dispone,
Como á un san Bartolomé;
Y llega con su navaja,
Que sabe Dios donde ha andado,
Y en fin, despues de afeitado,
Me toma el rostro y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones;
¿Por qué en otras ocasiones
Hay duelo é indignacion?
¿No es mejor un bofeton

Que quinientos bofetones?
¡Que aquestos duelos prosigan,
Que sea el mentir afrenta!
¡Que no importa que yo mienta,
É importa que me lo digan!
¡Que haya en el mundo este afan!
¡Que este uso en los hombres haya!
Señor, aun los palos vaya,
Que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
Con el puntillo de honor,
Díme, tonto: ¿no es peor
Ser muerto, que abofeteado?
Y que á la muerte tan ciertos
Vayan, porque el duelo acaben,
Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.

Aun en estilo mas elevado y noble, y sin dejar de arrojar en él gran caudal de verdadera poesía, sabia Rójas ser natural, como en la siguiente relacion, tan sabida de todos, en *García del Castañar*.

Mas precio entre aquellos cerros,
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten los perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando,
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz que los provoca,
Y traer las que palpitan
Á mis manos que les quitan
Sin disgusto de su boca;
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
Á Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas ó tres,
Pastilla de lumbre es,
Y canela del Brasil;
Y entregárselo á Teresa,

Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde, en servicio de Dios,
Una yo, y otra mi esposa,
Nos comemos: que no hay cosa
Como á dos perdices, dos;
Y levantando una presa,
Dársela á Teresa, mas
Porque tenga envidia Brás,
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido:
Y oir por tono el crugido
De los dientes y los huesos;
Y en cristal trasparente
Brindar, y con mano franca,
Hacer la razon mi Blanca
Con el cristal de una fuente:
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envia
El sustento cada dia;
Varias cosas platicando:
Que aquesto es el Castañar,
Que en mas estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Nada mas lleno de verdadera gracia y naturalidad que el siguiente diálogo entre *Blanca y don Mendo*, quien trata de seducirla.

D. Mendo. Labradora, ¿quién te vió
Que amante no te desea?
Blanca. Venid y callad, señor.
D. Mendo. Cuanto previenes trocára
Á un plato que sazonára
En tu voluntad amor.
Blanca. Pues decidme, cortesano,
El que trae la banda roja,
¿Qué en mi casa se os antoja
Para guisarle?
D. Mendo. Tu mano.
Blanca. Una mano de almodrote
De vaca os sabrá mas bien;
Guarde Dios mi mano, amen,
No se os antoje gigote:
Que harán si la tienen gana,
Y no hay quien los replique
Que se pique, y se repique
La mano de una villana,
Para que un señor la coma.
D. Mendo. La voluntad la sazone
Para mis labios.
Blanca. Perdone:
Bien está san Pedro en Roma.
Y si no lo habeis sabido,

Sabed, señor, en mi trato,
Que solo sirve este plato
Al gusto de mi marido;
Y me lo paga muy bien;
Sin lisonjas ni rodeos.

D. Mendo. Yo con mi estado y deseos
Te lo pagaré tambien.

Blanca. En mejor mercadería
Gastad los intentos vanos
Que no engañarán gitanos
Á la mujer de García;
Que es muy ruda y montaraz.

D. Mendo. Y bella, como flor.

Blanca. ¿Que de adónde soy, señor?
Para serviros de Orgaz.

D. Mendo. Que eres del cielo sospecho;
Y en el rigor, de la sierra.

Blanca. ¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad, y buen provecho.

D. Mendo. ¿No me entiendes, Blanca mia?

Blanca. Bien entiendo vuestra trova;
Porque no es del todo boba
La de Orgaz, por vida mia.

D. Mendo. Pues por tus ojos amados,
Que has de oirme, la de Orgaz.

Blanca. Tengamos la fiesta en paz.

La situacion en que García ve entrar por la ventana á don Mendo, creyendo que es el rey, engañado por la banda roja, es de las mas dramáticas y bellas que enriquecen nuestro teatro, y está desempeñada con singular maestría.

Garcia (aparte). ¡El rey es! ¡Válgame el cielo!
Y que le conozco sabe:
Honor y lealtad ¿que harémos?
¿Qué contradiccion implica
La lealtad con el remedio?

D. Mendo. ¡Qué propia accion de villano!
Temor me tiene ó respeto:
Aunque para un hombre humilde
Bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
Por valiente! Al fin, es viejo.
En vuestra casa me hallais,
Ni huir, ni negarlo puedo
Mas en ella entré esta noche...

Garcia. Á hurtar el honor que tengo.
Muy bien pagais á mi fe
El hospedage, por cierto,
Que os hicimos Blanca y yo.
Ved qué contrarios efectos
Verá entre los dos el mundo,
Pues yo ofendido os venero,
Y vos de mi fe servido,
Me dais agravios por premios.

D. Mendo (aparte). No hay que fiar de un villano

Ofendido; pues que puedo,
Me defenderé con este...

Garcia. ¿Qué haceis? dejad en el suelo
El arcabuz, y advertid
Que os lo estorbo, porque quiero
No atribuyais á ventaja
El fin de aqueste suceso;
Que para mí basta solo
La banda de vuestro cuello,
Cinta del sol de Castilla
Á cuya luz estoy ciego.

D. Mendo. Al fin, ¿me habeis conocido?

Garcia. Miradlo por los efectos.

D. Mendo. Pues quien nace como yo
No satisface, ¿qué harémos?

Garcia. Que os vais y rogad á Dios
Que enfrene vuestros deseos:
Y al Castañar no volvais,
Que de vuestros desaciertos
No puedo tomar venganza,
Sino rimitirla al cielo.

D. Mendo. Yo lo pagaré, García.

Garcia. No quiero favores vuestros.

D. Mendo. No sepa el conde de Orgaz
Esta accion.

Garcia. Yo os lo prometo.

D. Mendo. Quedad con Dios.

Garcia. Él os guarde,
Y á mí de vuestros intentos;
Y á Blanca.

D. Mendo. Vuestra mujer...

Garcia. No, señor, no hableis en eso;
Que vuestra será la culpa:
Yo sé la mujer que tengo.

D. Mendo. (*Aparte*) ¡Ay, Blanca! sin vida estoy
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
Tú adorándote me has muerto.

Garcia. ¿Á dónde vais?

D. Mendo. Á la puerta.

Garcia. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aqui habeis de salir.

D. Mendo. ¿Conoceisme?

Garcia. Yo os prometo
Que á no conocer quien sois,
Que bajárades mas presto.
Mas tomad este arcabuz
Ahora; porque os advierto
Que hay en el monte ladrones,
Y que podrán ofenderos
Si, como yo, no os conocen.
Bajad aprisa: no quiero
Que sepa Blanca este caso.

D. Mendo. Razon es obedeceros.

Garcia. Aprisa, aprisa, señor,
Remitid los cumplimientos;
Y mirad que al descender

No caigais; porque no quiero
Que tropeceis en mi casa,
Porque de ella os vais mas presto.
D. Mendo. ¡ Muerto soy !
García. Bajad seguro,
Pues que yo la escala os tengo.

Bella es la exclamacion de García cuando, conociendo que su ofensor no es el rey, dice :

Honra desdichada mia,
¿ Qué engaño es este que ves ?

Y despues de haber dado muerte á don Mendo, la relacion que hace al rey, aunque larga y deslucida con manchas de afectacion y culteranismo, como cuando, hablando de una cueva, la llama,

Bostezo que dió la tierra
Despues del comun diluvio.

Acaba con estos versos enérgicos :

Vivia sin envidiar,
Entre el arado y el yugo,
Las córtes, y de tus iras
Encubierto me aseguro,
Hasta que anoche en mi casa
Ví aqueste huésped perjuro
Que en Blanca atrevidamente
Los ojos lascivos puso ;
Y pensando que eras tú,
Por cierto engaño que dudo,
Le respeté : corigiendo
Con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
Venzo al temor con quien lucho,
Pídeme el honor venganza,
El puñal luciente empuño,
Su corazon atravieso.....
Mírale muerto ; que juzgo
Me tuvieras por infame,
Si á quien de este agravio acuso,
Le señalára á tus ojos
Ménos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
Aunque de tus grandes uno,
Aunque el primero en tu gracia,
Aunque en tu imperio el segundo ;
Esto soy, y este es mi agravio,
Este el ofensor injusto,
Este el brazo que le ha muerto,
Este divida el verdugo ;
Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros robusto,
No he de permitir me agravie,
Del rey abajo, ninguno.

Pocas son tambien las noticias que poseemos de Rójas. Aunque unos le han hecho nacer en Madrid y otros en san Estéban de Gormaz, consta del proceso de pruebas que hizo para cruzarse que era natural de Toledo, hijo del alférez don Francisco Pérez de Rójas y de doña Mariana de Vega Cebállos. Diéronle sus padres la educacion que correspondia á su ilustre prosapia, y hubo de dedicarse al foro en el que sin duda adquirió bastante fortuna, puesto que pudo costear las pruebas para vestir el hábito de Santiago, con que le agració Felipe IV en 1641. Ignórase el año de su muerte.

Sus comedias publicadas por él en dos tomos, son unas veinte y cuatro. Á las que hemos citado, se pueden añadir, como de las mas notables, las tituladas *Abre el ojo* y *Casarse por vengarse.* Prometió una tercera parte que no llegó á publicar.

CAPÍTULO XI.

Calderon.

Cual consecuencia precisa del gran movimiento dramático que se habia desarollado en España; despues de tantos escritores con tan várias cualidades, pero siguiendo todos un mismo sistema al cabo de tan inmenso caudal de comedias sobre cuantos asuntos pueden imaginarse, como remate y corona de aquella época floreciente para el teatro español, debia aparecer algun ingenio feliz que reuniese en sí las cualidades sobresalientes de este teatro, que lo elevase á su mayor altura, y fuese, por decirlo así, la última expresion de aquella escuela dramática nueva, original, y tan diferente de la antigua. Á Lope de Vega le faltó fuerza y arte para la combinacion de sus fábulas; Tirso pecaba por licencioso y mordaz; Moreto no poseía toda la inventiva necesaria; Alarcon se presentaba con poca idealidad; Rójas era exagerado y gongorino : se necesitaba, pues, un hombre que al artificio para disponer planes hábilmente combinados, á la urbanidad y decoro, á la fecunda imaginacion, al lenguaje poético y armonioso, reuniese las dotes de aquellos escritores : facilidad, abundancia, espíritu caballeresco, gracia, filosofía, elevacion, conocimiento del corazon humano y de las pasiones; y lo que tal vez escaseó en todos, sublimidad en los pensamientos. Cualidades tan várias, tan raras, tan difíciles de reunir en una sola persona, eran precisas para formar el poeta dramático español perfecto. No bastaba ser apto para la poesía elevada, para la pintura de las grandes pasiones, si no se poesía tambien la gracia y soltura que permiten trazar cuadros familiares : poco era tener chiste para las situaciones cómicas, sin la facultad de remontarse á la expresion de los mas nobles afectos. Nuestro teatro no conocia la division de géneros; no consentia la perfeccion en unos y la mediocridad en otros, los mezclaba todos; exigia todos los talentos reunidos; y su inmensa variedad, al paso que engendraba multitud de comedias desarregladas y monstruosas, hacia mas difícil la tarea del que intentase llegar á la perfeccion, no siendo dado alcanzarla sin poseer cualidades extraordinarias y portentosas. Favorecia sí la inmensa avenida de ingenios medianos que escriben sin arte, que exageran los defectos de un sistema porque no alcanzan sus bellezas, que tal vez logran ante un pú-